

Moure, Teresa: *Universales del lenguaje y lingüo~diversidad*, Barcelona, Ariel, 2001, 222 págs.

“Y dijo Jehová: He aquí que el pueblo es uno, y todos tienen un solo lenguaje...

Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua para que ninguno entienda el habla de su compañero”.
Génesis, 11,6–7.

En su autobiografía, George Steiner hace una exégesis de este pasaje bíblico: duda que la diversidad de las lenguas sea una verdadera maldición, o al menos que sólo sea eso. La acción de Dios, como corresponde a la divinidad, es ambigua: al tiempo que castiga al hombre con la confusión y la discordia, le concede un don inestimable. Pues en la variedad está el germen de la creación, la libertad y el misterio. Todas las lenguas, de la más estudiada a la más exótica, constituyen el acervo espiritual de la humanidad, hoy debilitado por la globalización, la uniformidad y la ignorancia.

Desde el mismo prefacio de su libro, queda claro que Teresa Moure comparte con Steiner la simpatía por la diversidad: “Evidentemente, toda lengua, por muy minoritaria que sea, debe tratarse como un tesoro construido a lo largo de generaciones” (pág.12). Conocer el lenguaje supone conocer las lenguas particulares, pero conocerlas de manera auténtica, sin imponerles a todas ellas el mismo patrón, el de una teoría gramatical cuyas categorías y principios provienen de las lenguas y la tradición lingüística occidentales. Sólo estudiando la diversidad sin prejuicios se accederá a los universales, los rasgos presentes en todas (o casi todas) las lenguas.

El hombre ha ensayado distintas ideas sobre la unidad del lenguaje, desde el mito de una lengua sagrada o primigenia hasta las investigaciones científicas de vanguardia. En concreto, la lingüística ha asistido al desarrollo de dos paradigmas teóricos para la búsqueda de universales.

El más conocido es el de la gramática generativa, de la que Chomsky esperaba, ya en 1965, el desarrollo de “un marco de universales lingüísticos”, un conjunto de leyes y principios estructurales que se cumplan en todas las lenguas y que constituyan, por tanto, las propiedades del lenguaje humano. Para la gramática generativa, *universal* es correlativo de *innato*: las reglas gramaticales de la teoría revelan mecanismos psicológicos naturales, la facultad lingüística como un sistema propio del cerebro humano. Debajo de la diversidad del comportamiento lingüístico se halla la unidad de la mente, lo que hace de la lingüística el pariente pobre, aunque enriquecido por el parentesco, de la psicología y la neurociencia. La gramática generativa es universal no porque reúna principios de una variedad de lenguas, sino porque parte de una hipótesis (la unidad de la mente) que le permite universalizar la gramática del inglés.

La alternativa al cartesianismo de la gramática generativa es la tipología lingüística de Joseph H. Greenberg y sus seguidores, a la que la doctora Moure dedica el grueso de su libro. No

está claro si la tipología es una disciplina lingüística de periferia, como la sociolingüística, la etnolingüística, etc., o más bien una escuela, como la gramática generativa, la gramática de valencias, etc. La autora se inclina por la segunda idea, aunque reconoce que se trata de una cuestión terminológica (pág.46); ante todo, la tipología es un método para la búsqueda de universales legitimado por la hipótesis de que las posibilidades lógicas para desarrollar el lenguaje humano son limitadas; un método empírico, basado en el análisis de fenómenos similares en lenguas distintas.

La tipología es funcionalista. Sus principios coinciden en gran medida con los de la lingüística cognitiva: las categorías no son necesariamente discretas, muchas veces se organizan en torno a ejemplares prototípicos; la estructura lingüística no es del todo arbitraria, sino en parte motivada, determinada por fines comunicativos y necesidades cognitivas. En resumidas cuentas, no describe la gramática como un sistema autónomo y arbitrario, sino como una herramienta para la comunicación y la cognición. El objetivo último, por lo demás, es elaborar una *gramática interlingüística*, “una teoría gramatical apta para explicar la estructuración de todas las lenguas del mundo, para reducir su aparente diversidad a cauces comunes bajo el supuesto de que algo deben compartir si todas son lenguas humanas” (pág.73).

La *universalidad* que propone la tipología significa ampliar el campo de la lingüística de lo particular a lo general, y no a lo particular generalizado. Naturalmente, no se puede encontrar *universales* estrictos; a lo más que se puede aspirar es al análisis de datos empíricos de muchas lenguas distintas, pero no de la mayoría ni mucho menos de todas las lenguas. En cualquier caso, cada uno es libre de juzgar si es más honrado buscar universales empíricos con una muestra de veinte o treinta lenguas o universalizar la intuición de un hablante de inglés, eslovaco, coreano o alemán.

Los universales de la tipología no son rotundos ni axiomáticos. Son muchas veces *universales implicativos*: “si se da Y, se dará X”, donde X es más propio de las lenguas humanas que Y, más universal, si se permite el oxímoron; por ejemplo, “si una lengua tiene la categoría de género, siempre tiene la de número” (universal 36 de Greenberg, pág.199). Son, además, *universales relativos*: no leyes fijas, sino tendencias que, por tanto, admiten excepciones; de ahí que en su formulación aparezcan expresiones como “con una frecuencia abrumadora”, “casi siempre”, “casi nunca”, etc.

Las consecuencias de la investigación sobre los universales son múltiples. Por lo que se refiere a la teoría gramatical, el análisis de datos de lenguas distintas ha llevado a redefinir el concepto estructuralista de *marca* (págs.101–104) y a clasificar jerárquicamente los fenómenos lingüísticos, de acuerdo con su mayor o menor grado de universalidad. Por ejemplo, Keenan y Comrie han elaborado una jerarquía de las funciones sintácticas que puede desempeñar una partícula relativa:

Sujeto > C.Directo > C.Indirecto > C.Oblicuo > C.Nombre o Genitivo > Objeto de comparación

Esta jerarquía se interpreta como una cadena de universales implicativos: si en una lengua el relativo puede funcionar como complemento indirecto, también lo puede hacer como complemento directo y como sujeto. Además, supone que la construcción relativa universal, la prototípica, es la del sujeto, mientras que a medida que se avanza en la escala hacia la derecha disminuye la frecuencia estadística de las construcciones. La jerarquía tiene también una dimensión psicolingüística: el sujeto relativo no sólo es más común que el genitivo o el oblicuo, sino también más natural y sencillo, más fácil de construir e interpretar (págs 114–115).

Se puede hablar, por tanto, de construcciones relativas más o menos características, lo que hace de la tipología una teoría lingüística no-discreta, cuyas categorías se organizan de manera jerárquica, como constelaciones de ejemplares periféricos o mestizos agrupados en torno a ejemplares prototípicos o modélicos.

Aparte de la teoría gramatical propiamente dicha, el estudio de los universales incide en otras cuestiones como el origen del lenguaje, su adquisición, el parentesco y la historia evolutiva de las lenguas y la lingüística aplicada en general. Dado el empirismo de la tipología, todos los datos que puedan extraerse de estos campos de investigación serán útiles tanto para evaluar hipótesis como para formular nuevos universales.

En definitiva, el libro de Teresa Moure constituye una buena introducción a la tipología lingüística, sus objetivos, planteamientos y respuestas, un complemento óptimo del que Moreno Cabrera publicó en 1997 (*Introducción a la lingüística. Enfoque tipológico y universalista*, Síntesis). Además de con sencillez y claridad, está escrito con la emoción de quien disfruta de su trabajo, y en algunas partes incluso con ese tono personal que a muchos les parece impropio de las obras científicas, pero que a fin de cuentas es el tono del profesor, el que profesa su discurso, y no la escritura mecánica e inanimada de quienes “han oído muchas cosas sin aprehenderlas” que espanta a Sócrates en el *Fedro*.

Si hay algo que objetar es el panegírico, a veces maniqueo, de la gramática interlingüística sobre las gramáticas particulares, como si la dignidad de una teoría lingüística fuese directamente proporcional a su generalidad. La idea de que una teoría “universal” es más verdadera que una particular es un sofisma. Una gramática cuyos conceptos se elaboren de acuerdo con una sola lengua difícilmente será universal, pero tampoco tiene por qué serlo; lo único ilícito es aplicar sus categorías como si lo fuera, imponiéndolas a los datos de lenguas distintas. El juicio de valor entre una gramática particular o una general o universal no puede darse con independencia de su finalidad, pues una teoría no es sino un instrumento más o menos útil, donde a veces la sencillez o el detalle están por encima de la generalidad. En otras palabras, no hay una manera buena y una mala manera de hacer gramática, sino buenas y malas

gramáticas, no importa que sean particulares o universales, axiomáticas o empíricas, así como buenas y malas maneras de emplearlas.

Alberto Bruzos Moro.

Universidad de León.